

## Aporte de los indígenas al CELAM IV

---

Como un servicio a todos los miembros de nuestras iglesias, pero especialmente a los Pastores que se reunirán próximamente en Santo Domingo para la IV CELAM (del lado católico) y en Quito para el CLADE III (del lado protestante), este documento intenta recoger y sistematizar los planteamientos que indígenas de diversa procedencia han externado en encuentros, talleres, consultas y seminarios organizados por las mismas comunidades, por equipos de servicio en las bases o por centros de apoyo o secretariados de Pastoral Indígena, tanto del CELAM como del CLAI, de las Conferencias Episcopales nacionales y de organismos solidarios así locales como internacionales. El objetivo es suscitar un diálogo fructífero al interior de las Iglesias, en torno a la realidad indígena, a fin de que las asambleas pastorales continentales que se llevarán a cabo en 1992 se hagan eco de la “voz de los que no tienen voz, de los que son silenciados, para ser conciencia de las conciencias e invitación a la acción”, de acuerdo al compromiso asumido por su Santidad Juan Pablo II en Cuilapán, Oaxaca, cuando habló, en nombre de toda la Iglesia, con representantes indígenas de México hace 12 años.

1. La primera afirmación que los pueblos indígenas queremos hacer es que no hemos sido aniquilados. Seguimos existiendo, a pesar de que los enemigos, durante los 500 años, han pretendido por muchos medios borrarlos del mapa de la humanidad. En la actualidad somos alrededor de 50 millones en todo el continente Americano y hablamos más de 500 lenguas diferentes. Lo cual muestra que no somos ni reducto de pueblos extinguidos ni minorías insignificantes. En varios países representamos la masa mayoritaria y en otros constituimos el sustrato humano más consistente de la sociedad.

2. Ciertamente la existencia de los pueblos indígenas, como parte de las mayorías empobrecidas del Continente, se ha hecho más angustiosa porque manos criminales nos han ido arrebatando más y más la ya reducida y raquítica fuente de nuestra vida, que es la madre tierra y los recursos de la naturaleza. En el momento actual somos los más pobres entre los más pobres y, por si eso fuera poco, la modernización de los sistemas políticos y económicos pretende liquidar definitivamente nuestras culturas, argumentando que sólo así podrán las sociedades nacionales sobrevivir y acceder a niveles mayores de progreso. En lógica fatídica de la

modernidad, la muerte de las culturas populares es el precio que tienen que pagar los países periféricos para salir del subdesarrollo.

3. En los pueblos indígenas se cumple al pie de la letra lo que San Pablo decía a la comunidad cristiana de Corinto: “somos muy aguantadores; soportamos persecuciones, necesidades, angustias, azotes, cárceles, motines, fatigas, noches sin dormir, días sin comer... En nosotros está la verdad y la fuerza de Dios. Luchamos con las armas de la justicia, tanto para atacar como para defendernos. Unas veces nos honran y otras nos insultan; recibimos tantas críticas como alabanzas. Pasamos por mentirosos, aunque decimos la verdad; afirman que nos desconocen, aunque todo el mundo nos conoce; nos creen muertos, aunque estamos vivos; nos llueven los castigos, pero no nos pueden aniquilar. Nos toman por afligidos, pero estamos contentos; nos tratan como a pobres, pero somos causa de enriquecimiento de muchos; pareciera que ya no tenemos nada, pero seguimos poseyendo todo” (II Corintios 7, 4-10).

4. Durante los últimos 25 años ha habido un rápido despertar de conciencia en los pueblos indígenas, respecto a las causas estructurales, que crean la miseria que tanto nos agobia, y respecto a las posibilidades de lucha que se hallan encerradas en el dinamismo de nuestras culturas ancestrales. Es esta conciencia la que nos ha movido a fortalecer nuestras estructuras comunitarias, a intentar formas nuevas de organización, a establecer redes amplias de enlace y articulación de los procesos indígenas a nivel regional, nacional y continental, en alianza con los demás sectores empobrecidos de la sociedad. Hoy más que nunca nuestra lucha es dinámica y activa dentro de la sociedad y de la Iglesia.

5. Al interior de la Iglesia, los indígenas rechazamos que se nos siga considerando como paganos e idólatras, a quienes hay que conquistar para la Fe. No somos enemigos de la Iglesia, ni contrarios a la fe cristiana. Nosotros creemos en Dios, en el único Dios verdadero que existe, Aquel a quien nuestros pueblos, en milenios de historia, fueron descubriendo como Totatzin-Tonantzin, Pitao, Corazón del Cielo y de la Tierra, Wira Jocha, PaBa-Nana, Ankoré y demás apelativos con lo que nombramos. El es Padre y Madre de todos los pueblos y, por lo que hemos visto y oído, es también el Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso para ser cristianos y para ejercer algún ministerio en la Iglesia no deben obligarnos a renunciar a la experiencia religiosa de nuestros pueblos porque con una presión así lo que se logra es quitarnos toda posibilidad de autoafirmación personal, hacernos esquizofrénicos u obligarnos a usar máscaras, que encubren nuestra verdadera identidad. Esto lo hemos denunciado religiosas, sacerdotes y pastores indígenas católicos y protestantes. Hay que poner en práctica ya lo que a nivel de documentos se sostiene en

la Iglesia: que la conversión a la fe cristiana no significa una destrucción de la identidad cultural y religiosa del evangelizado, sino una plenificación de la misma con el Evangelio (cfr. Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 12).

6. Los pueblos indígenas somos profundamente religiosos, mucho más que los mestizos y los modernos; porque entendemos la globalidad de la existencia en relación armónica con la naturaleza y en radical vinculación con la divinidad. Por eso en nosotros han encontrado mayor resonancia los planteamientos evangélicos transmitidos por los misioneros y que nosotros hemos inculturizado, en medio de no pocas contrariedades con los miembros no-indígenas de la Iglesia. En el futuro próximo quizá seamos los indígenas el único espacio donde la Iglesia seguirá teniendo resonancia, pues, al paso que van las cosas, las sociedades postmodernas, por su ateísmo teórico y práctico, seguramente en poco tiempo, habrán echado de su seno a la religión y a Dios mismo.

7. A pesar de la agresión que hemos sufrido durante 500 años y a pesar del peligro de extinción a que estamos sometidos en la coyuntura actual, los pueblos indígenas seguimos teniendo esperanzas; porque creemos en la bondad innata de la naturaleza y de los seres humanos, por cuanto que todos, al provenir del mismo Padre y de la misma Madre, pertenecemos a la misma familia, somos hermanos. Por eso aún hoy seguimos sosteniendo que los hombres blancos y barbados que llegan y llegan a nuestras tierras, son "Teules", es decir, divinos, porque vienen de Dios; y como a tales los seguimos tratando. No somos nosotros quienes les negamos su procedencia divina. Son ellos mismos los que a menudo se olvidan de su radical vinculación a Dios y, al tratarnos como esclavos, niegan con los hechos la hermandad de origen que nos une. Son ellos los que nos han hecho "indios"; los que nos han puesto y nos mantienen en la situación de miseria en que nos hallamos. Nosotros labramos la tierra, ellos la cosechan; nosotros construimos las casas y ellos las habitan. Por eso más que a nosotros es a ellos y las estructuras creadas por ellos lo que debemos convertir junto con la Iglesia. Los indígenas, como pobres que somos, siempre nos hemos sentido mucho más cerca del Evangelio y de la Iglesia. Esto lo han reconocido en el pasado y lo reconocen ahora los más insignes profetas de la Iglesia.

8. Con ésto, no queremos idealizar o mitificar a los pueblos indígenas; ya que también en nosotros existen muchas lacras humanas, unas producto de nuestros yerros personales y colectivos; otras, interiorización de los pecados de la sociedad. También nosotros necesitamos de conversión para acercarnos más plenamente al ideal de vida sembrado por Dios en nuestras culturas y planteado explícitamente por el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo. Por eso estamos

atentos a las interpelaciones que vienen desde dentro de nuestras culturas y al llamado de plenificación que nos llega del Evangelio.

9. Durante un largo período de tiempo, los pueblos indígenas hemos guardado en la sociedad y en la Iglesia un prudente silencio, para evitar que por mucho hablar fuéramos más fácilmente aniquilados. Pero en la actualidad creemos que ha llegado el momento de hablar, porque percibimos que, principalmente en el seno de la Iglesia, hay cierta receptividad para la voz de los indígenas. Para algunos pastores dicha receptividad no es más que una actitud coyuntural por causa del V Centenario de la evangelización. Pero para otros, que han sabido asumir la causa de los indígenas como su propia causa, más aún como la causa misma de Cristo, significa una verdadera conversión de corazón hacia los pobres para llegar a ser intérpretes y confidentes de nuestros pueblos (cfr. Puebla, Mensaje a los pueblos latinoamericanos, 3).

10. Gracias a los profetas indigenistas de ayer y de hoy, en la Iglesia se ha creado una corriente de simpatía y de solidaridad con la causa indígena. Desde el más alto nivel, representado en el Papa, hasta los equipos misioneros de base, se han ido elaborando importantes documentos programáticos que, en la medida que transformen de raíz los esquemas coloniales o de cristiandad con que se ha abordado nuestra realidad, abrirán nuevos horizontes de vida para los pueblos indígenas y para todos los pobres de este Continente.

11. En base a las expectativas creadas por estos documentos eclesiales y tomando en cuenta las exigencias nuevas de la realidad histórica de hoy, sintetizamos a continuación los planteamientos que los pueblos indígenas hacemos en el contexto de los 500 años y de la celebración de la IV Conferencia del Episcopado Latinoamericano, que se llevará a cabo en Santo Domingo en 1992:

12. a) Aunque los proyectos modernizadores de los Estados han sentenciado a muerte a los pobres, los indígenas no estamos muertos ni vamos a aceptar ese destino de muerte que nos imponen. En consecuencia, no estamos de acuerdo que nuestros pastores asuman el mismo lenguaje de los modernizadores, que se refieran a nosotros como a cosa del pasado, o como a realidades que, desafortunadamente, tendrán que morir para dar paso a la "cultura adveniente" o cultura de la modernidad. Los pueblos indígenas estamos vivos y creemos que somos portadores de un proyecto de vida válido no sólo para nosotros, sino también para todos los seres que poblamos el planeta. Por eso urgimos a los pastores de nuestra Iglesia a que reconozcan la legitimidad de la lucha indígena, en el contexto de la lucha de los pobres, abriéndole espacios pastorales para su defensa y desarrollo y ofreciéndole

todo el apoyo que sea necesario a fin de que logre los objetivos que se propone. La pastoral ha sido la matriz de muchos procesos populares que, con el tiempo, han llegado a ser adultos y autónomos de la pastoral; pero no por ello han de ser desechados o contrariados por la Iglesia. Los pastores deben saber acompañar este tipo de procesos, sin pretender conducirlos, apadrinarlos o encasillarlos a esquemas intraeclesiales. Es la consecuencia inevitable de la legítima autonomía de las realidades temporales, reconocida y consagrada por el Concilio Vaticano II.

13. b) Los pueblos indígenas, aunque empobrecidos y desvalidos por causa de la opresión que pesa por siglos sobre nuestros hombros, no deseamos ser tratados con paternalismos degradantes que no reducen a la categoría de niños incapaces de valerse por sí mismos. Somos adultos y como tales exigimos ser tratados en la sociedad y en la Iglesia. En consecuencia, requerimos de nuestros pastores que nos tomen en cuenta en las decisiones eclesiales que afectan nuestra vida de fe; que nos consideren verdadero interlocutores eclesiales.

14. c) Qitemos de una vez por toda, en la Iglesia, la ignominia de seguir considerando, en los hechos, a los pueblos indígenas como seres incapaces de la fe y de la conducción de nuestra vida cristiana. No es justo que en la relación eclesiástica con los indígenas prevalezca el prejuicio de considerarnos, por principio, como creyentes de segunda categoría, sospechosos de herejía, apostasía o cisma, por el simple hecho de defender nuestro derecho de ser diferentes en la cultura y en la expresión de nuestra fe.

15. d) Curemos ya las heridas del pasado. Los pueblos indígenas no queremos cargar por siempre en nuestro dolor de los crímenes cometidos contra nuestros antepasados. Es urgente hoy una reconciliación social y eclesial, que nos hermane profundamente en el compromiso de construir un futuro, donde erradiquemos definitivamente las causas estructurales que dieron origen a los crímenes del pasado y garanticemos a todos, pero especialmente a los pobres, la certeza de que tales situaciones no se repetirán.

16. e) Para esta reconciliación, sólo la aceptación humilde de la verdad histórica nos hará libres. En el juicio de la historia, la Iglesia no saldrá bien liberada si, como punto de partida, ella no reconoce la responsabilidad que le toca en los crímenes que, en nombre de ella y de Dios mismo, se cometieron contra nuestros pueblos durante 500 años. En la medida en que la Iglesia se empeña en cerrar los ojos a la verdad de los hechos, que todo mundo conoce, y reduce la historia a unos hechos y personas ciertamente muy valiosas, pero que no representaron la postura

mayoritaria de la Iglesia y en su época fueron duramente cuestionados por ella, la Iglesia corre el riesgo de perder la credibilidad que ahora tiene ante los pobres.

17. f) Aunque también estamos marcados por el pecado, los pueblos indígenas consideramos que el Espíritu de Dios es el que anima nuestro caminar histórico y en las manos de El nos entregamos para no errar en el camino. Por éso pensamos que si Dios confía en su pueblo pobre, también nuestros pastores deben hacerlo. No coarten nuestra búsqueda teológica y pastoral, aduciendo que somos ignorantes porque carecemos de preparación académica. Reconozcan el valor innegable de la sabiduría popular nacida de la experiencia. Los pobres somos los predilectos de Dios, porque “tenemos el *sensus fidei*”, el instinto de la fe, que es capaz de mostrar la vacuidad de la supuesta sabiduría de los intelectuales de libros.

18. g) No permitan que se contradiga en los hechos lo que con tanta claridad del Magisterio Universal, latinoamericano y nacional, ha planteado en documentos respecto a los pueblos indígenas. Apoyen y acompañen pastoralmente los procesos indígenas de recuperación de la tierra, de autodeterminación de los pueblos, de afirmación de la cultura, de inculturación del Evangelio. No apaguen ni permitan que otros apaguen la mecha humeante de nuestros esfuerzos inculturadores de la catequesis, de la teología, de la liturgia y de los ministerios eclesiales. Anímenos a seguir adelante en la construcción del Reino en la historia. Corrijámonos si es necesarios, pero en la caridad que debe caracterizar a los pastores, para que la siembra hecha por Dios en nuestras culturas germine, crezca, eche flores y dé los frutos esperados por el Dueño de la Mies y así, con rostro y corazón propios, nos integremos a la unidad del Pueblo de Dios, donde se dan la mano hombres y mujeres de toda raza y cultura, unidos en la misma fe, pero diversos en su identidad cultural y religiosa.

19. h) Asumamos juntos, con audacia, el reto del “nacimiento de las Iglesias particulares indígenas, con jerarquía y organización autóctonas, con teología, liturgia y expresiones eclesiales adecuadas a una vivencia cultural de la fe” (CE-LAM, Demis, Bogotá, 1985). Las Iglesias indígenas, con sus aportes nuevos, revitalizarán y enriquecerán a las demás Iglesias particulares en un esquema nuevo de catolicidad verdaderamente pluricultural. Sólo de esta manera, los pueblos indígenas, que hemos puesto nuestras esperanzas en la Iglesia, veremos realizados en la historia lo que soñaron y dejaron dicho los abuelos, nuestros antepasados (cfr. Nacam Mopohua).

20. Si quienes formamos la Iglesia, indígenas o no indígenas, no actuamos acertadamente en la coyuntura actual, puede suceder que a nuestros pueblos les

duela no contar en su proceso con el aporte de la institución eclesiástica , pero ellos seguramente seguirán construyendo la historia con la Iglesia o sin la Iglesia. Y las consecuencias las lamentaremos todos en un futuro no lejano.

21. Fr. Bartolomé de las Casas, insigne defensor de los indios en el siglo XVI, escribía al final de su vida, lo que también nosotros ahora replanteamos a nuestros pastores: “Yo ruego a mis hermanos que revuelvan una y mil veces estas palabras en su mente, y que no quieran convertirse en torturadores de los hijos que para Cristo engendraron en la Iglesia, y por quienes una y otra vez han de sufrir dolores de parto, hasta que se forme Cristo en ello; sino que procuren hacerse débiles con los débiles, sufriendo todo, amonestando y rogando con abundantes lágrimas, como hacía San Pablo, a fin de salvarlos” (Fr. Bartolomé de las Casas, *Del Unico Modo de Atraer a Todos los Pueblos a la Verdadera Religión*, parte final).

R. Eleazar López Hernández

Sacerdote Zapoteca del Istmo de Tehuantepec. Julio 1991.

# ORACIÓN ACHÍ

Gracias Padre nuestro,  
creador y formador del cielo y de la tierra.  
Hoy nos reunimos de nuevo  
para darte gracias,  
para alabarte  
y entregarte nuestro corazón.

Junto con nuestros madres y padres,  
abuelas y abuelos,  
los que ya se fueron,  
los que nos guían.

Por este nuevo día,  
por este regalo tuyo,  
nosotros tus hijos,  
nosotros tu semilla, tu plantita.

Gracias, Padre nuestro,  
por nuestro Padre el sol,  
corazón del cielo,  
corazón de la tierra:  
ya ha salido,  
ya se ha levantado;  
él nos da la vida  
y el calor de nuestro cuerpo.

Gracias, Padre nuestro,  
corazón del agua dulce,  
corazón del mar,  
por nuestra madre tierra  
que nos alimenta,  
que alegra nuestros corazones.

Hoy nos postramos ante tí, Padre,  
para bendecirte,  
por este hermoso día  
que nos ha reunido  
con nuestros hermanos,

los que vienen de lejos,  
los que vienen de cerca,  
los que sienten como nosotros,  
los que sufren como nosotros.

Perdona nuestros pecados,  
haz desaparecer nuestras culpas,  
para que hoy sepamos decir  
lo que siente nuestro corazón.

Haz que podamos sentir  
los sentimientos de nuestros hermanos  
y que amanezca de nuevo en nuestra vida  
y encontremos el camino que iniciaron  
nuestros primeros madres y padres,

los de cabeza blanca,  
los de cabello blanco,  
los que tú creaste y formaste  
y les diste a nuestra madre la tierra.

Perdona, Padre, nuestro ofrecimiento,  
nosotros tus hijos,  
nosotros tus pequeños.

